

NOELIA RAMÍREZ, Barcelona

Una mujer vuelve a casa de trabajar cuando su marido holgazán y su padre borracho la involucran en un péfido juego bajo la mirilla de una escopeta. La placidez de una urbanización de casas y matrimonios clónicos se desestabiliza ante los ojos de una vecina adúltera. "La normalidad nunca sale gratis", concluye una presentadora del telediarío en uno de los cuentos de María Bastarós (Zaragoza, 35 años). La frase funciona como la amarga lección que atraviesa las tramas de todos estos relatos, recopilados en *No era esto a lo que veníamos*, la antología que publicó en noviembre la editorial Canyada y que la autora escribió durante el confinamiento desde Valencia, donde reside.

Los hilos invisibles que tejen la asfixiante rutina de estas ficciones cortas molestan y pican a sus protagonistas como un jersey de lana heredado y roído en sus codos. Historias que saben a tierra seca de las Bardenas Reales y de los no lugares que rodean Zaragoza, espacios en los que se desarrollan la mayoría de episodios de estas madres e hijas alienadas, cuya banda sonora suena a zumbido del desierto y al pitido constante de una olla a presión.

"Todo género literario tiene sus propias herramientas de exploración. A mí me interesa lo cotidiano porque quiero hablar de nuestras vidas, que a veces parecen una película de terror o una fantasía lisérgica", explica Bastarós sobre el porqué de adentrarse en las violencias y tensiones que subyacen en el día a día. Inspirada por maestras del relato como Lorrie Moore, Lydia Davis, Lucia Berlin o Amy Hempel, para esta gestora cultural e historiadora del arte, "todas pagamos un precio al sostener los pilares del orden social. Nos han enseñado a perseguir anhelos prefabricados como la pareja monógama, el trabajo asalariado o la maternidad. Somos nuestros propios policías y nos condenamos a la frustración", asegura.

La autora, que debutó con *Historia de España contada a las niñas* (Fulgencio Pimentel, 2018), analiza en su ficción el estado de alerta en el que sustenta lo femenino. "Escribo de lo que conozco, y conozco el miedo y la rabia que implica a menudo la experiencia de ser mujer. Desde la adolescencia, una de las actividades principales es la hipervigilancia a potenciales amenazas dentro de la familia, de la pareja, en el espacio público o en el trabajo. Las mujeres somos receptoras de numerosas violencias: físicas, simbólicas, intelectuales. También interiorizamos una mirada masculina censora —esa de la que habla John Berger en *Modos de ver*—, que nos lleva a vigilarnos a nosotras mismas, a ejercer violencia en nuestra contra", sentencia. Bastarós no está sola narrando lo macabro de la cotidianidad femenina. Al compás de la cuarta ola feminista, una generación de autoras conjuga rutina y desconcierto



María Bastarós, en Valencia en junio de 2020. / BIEL ALIÑO (EFE)

Una nueva generación de escritoras explora en ficciones cortas la asfixiante cotidianidad de muchas mujeres

A cuento de la alienación femenina



Otessa Moshfegh, en Edimburgo en agosto de 2017. / ROBERTO RICCIUTI (GETTY)

en cuentos sobre heroínas despegadas, chicas listisimas que descubren las grietas y reniegan de los imperativos sociales.

La protagonista de *Los raros*, uno de los relatos que integran *Nostalgia de otro mundo* de Otessa Moshfegh (Boston, 41 años), lo expresa de este modo: "Nada me hacía feliz. Salí a la piscina, rocé con la mano la superficie de agua mientras rezaba para que uno de los dos, mi novio o yo, nos muriésemos".

Para devotas

Esta antología que se publicó originalmente en inglés en 2017, y que ahora traduce Inmaculada C. Pérez de Parra en Alfaguara, constituye una recopilación que no defraudará a las devotas de un culto a la desafección femenina que la auto-



ra ya cultivó en *Mi año de descanso y relajación* (Alfaguara, 2019). El título supone un hito para el género —por algo se apoda con su apellido, moshfegh-

na— en el que también militan las novelistas Alexandra Kleeman o Kristen Roupenian.

En el relato, y en castellano, es donde mejor se están manipulando las posibilidades de este arquetipo generacional. Así lo hace Camila Fabbri (Buenos Aires, 33 años), que acaba de publicar el compendio de cuentos *Estamos a salvo* en Temas de hoy. La escritora, dramaturga y actriz, la única argentina seleccionada por *Granta* en su lista de los mejores narradores en español menores de 35 años en 2021, firma una antología en la que las chicas tampoco andan satisfechas. Jóvenes que toman antidepressivos para anestesiar los recuerdos, muchas asqueadas de sus novios que se ven como "fantasmas" con "ausencia total de convicción y apoyatura".

La autora —que escribió esta antología entre 2016 y 2021, tras publicar su primer libro de cuentos, *Los accidentes*— explica: "En lo cotidiano está todo, justamente, todo lo que a simple vista no se ve. Servirnos un café, sentarnos en la computadora, llorar con un vídeo de YouTube de un perro rescatado o de un niño que escucha por primera vez cuando le ponen audífonos. Hay tanta metáfora ahí, en esas cosas que aparentemente pasan desapercibidas y despojadas de espectacularidad. En esos lugares es donde suelo ponerme a pensar y a imaginar sucesos pequeños, medianos o inmensos".

Locura absurda

Con estos mimbres también arma sus historias Eider Rodríguez (Errenteria, 44 años), una escritora que con su brillante libro de cuentos *Un corazón demasiado grande* (Literatura Random House, 2019), un compendio que tradujo ella misma del euskera, se propuso cuestionar la espeluznante normalidad de mujeres que apartan su deseo sexual para que prevalezca su parte maternal, huían de los porrazos de la policía o guardaban hipnotizadas su mioma extirpado en un bote. "Más que lo cotidiano, lo que se ha vuelto terrorífico es el sistema sobre el que se apoyan la mayoría de nuestras vidas. Nos despertamos cansadas, nos acostamos cansadas. Producimos para poder consumir y para poco más, y además, somos afortunadas por formar parte de esta locura absurda e insana", apunta.

Si María Bastarós asegura que su libro "desprende *unheimlich*", un término alemán para describir lo aterrador ("Mientras *heimlich* significa familiar, el *unheimlich* sería mirarlo desde una perspectiva inquietante, como cuando una palabra usual se ha repetido cien veces y muestra sus costuras, resultándonos extraño, repentinamente desconcertante", cuenta), Rodríguez expresa esa idea casi con las mismas palabras: "Lo que pasa con el día a día es que a fuerza de repetirlo se vuelve absurdo, pierde su sentido, y como una palabra dicha cien veces, deja a la vista la tramoja".

"La normalidad no sale gratis", asegura un personaje de uno de los relatos

"Nuestras vidas se apoyan sobre un sistema terrorífico", dice una autora